

instrumento flexible



por Conrad C. Lautenbacher

Casi un 80% de toda la contaminación marina se origina en tierra. Aunque la comunidad científica debatió las consecuencias de la contaminación marina de procedencia terrestre durante muchos decenios, en las decisiones de política parece haber regido la frase “ojos que no ven, corazón que no siente”. Sin embargo, esta mentalidad cambió gradualmente, cuando cada vez más personas llegaron a comprender el carácter interrelacionado de los sistemas ambientales del planeta.

Los responsables de formular políticas empezaron a entender la importancia de la sanidad del medio marino para la calidad de la vida terrestre. Lo que es más importante, empezaron a darse cuenta de las consecuencias que tenían para el medio marino las decisiones que se tomaban en tierra y buscaron soluciones para mitigar sus efectos nocivos.

La Cumbre para la Tierra que se celebró en Río de Janeiro de 1992 fue un momento crítico en el que la voluntad política empezó a ponerse al día con la visión científica. Las naciones se comprometieron a proteger el medio marino en general y, particularmente, a embarcarse en una iniciativa mundial para combatir las fuentes terrestres de contaminación marina. El apoyo político que se generó en la Cumbre se fortaleció en 1995, cuando más de 100 naciones y la Comisión Europea adoptaron el Programa de Acción Mundial para la protección del medio marino frente a las actividades realizadas en tierra, de carácter voluntario, que ofrece orientación a los responsables de formular políticas y a los administradores de recursos para prevenir, reducir y vigilar los contaminantes marinos.

Los contaminantes marinos se originan en una amplia variedad de fuentes terrestres, incluidas la agricultura, el desarrollo de las zonas situadas cerca de la costa y fuera de ella, y la industria costera. Y cada país tiene sus propias prioridades y limitaciones en materia de políticas. El Programa de Acción Mundial abordó satisfactoriamente esos temas dando gran flexibilidad a las naciones para que cumplieran los objetivos ambientales más amplios.

La sostenibilidad ambiental y la viabilidad económica guardan una relación muy estrecha. Si bien gran parte de la atención se centra en la tensión entre el medio ambiente y la actividad económica, la realidad es que uno depende intrínsecamente del otro. Para tener en cuenta:

- El 61% de la producción económica mundial total proviene de zonas ubicadas dentro de los 100 kilómetros de la costa.
- Se estima que el turismo marino, las pesquerías marinas y la acuicultura generan beneficios económicos mundiales que ascienden a 161.000 millones, 80.000 millones y 57.000 millones de dólares, respectivamente.
- El 70% de las ciudades con una densidad de población que supera los 8 millones de personas se ubica sobre las costas y el 38% de la población humana mundial vive a lo largo de una estrecha franja de tierra costera que constituye apenas el 7,6% de la superficie terrestre total del planeta.
- En algunos países, hasta el 90% de las aguas residuales se vierte directamente en el océano.
- Cerca de la mitad de los humedales costeros del mundo ha desaparecido.

Gran parte del dinamismo económico se basa en la sanidad y vitalidad del medio ambiente. Al mismo tiempo, gracias al crecimiento económico, es más fácil adoptar políticas y medidas que promuevan la sostenibilidad ambiental. La clave para alcanzar este equilibrio reside en elaborar políticas que sigan siendo flexibles a las prioridades y necesidades cambiantes.

El Programa de Acción Mundial tuvo éxito, en gran parte, debido a su flexibilidad. Fue elaborado para brindar orientación a nivel internacional, regional y nacional y, por lo tanto, se puede emplear para abordar problemas relacionados con las fuentes terrestres de la contaminación marina en todos esos ámbitos o en el más adecuado para la situación. Por ejemplo, ha guiado la elaboración del



Programa de Acción Regional del Consejo del Ártico y de una serie de programas de acción nacionales de países como Islandia, el Canadá y Rusia. El plan regional hace hincapié en los problemas transfronterizos, como los contaminantes orgánicos persistentes (COP), mientras que los planes nacionales se centran en las cuestiones internas.

El Programa de Acción Mundial es también flexible en su amplitud. Se ocupa de todas las principales fuentes terrestres (tales como aguas residuales, nutrientes, metales pesados, COP, aceites, sustancias radiactivas, desechos, movilización de sedimentos y alteración y destrucción físicas de zonas costeras), en lugar de concentrarse en una sola. Esto permite que la experiencia adquirida en la gestión de una sola fuente se aplique a la gestión de otras, según proceda.

Dado que no es jurídicamente vinculante, el Programa de Acción Mundial también permite que las naciones adopten medidas sobre la base de las necesidades y capacidades particulares de sus economías e instituciones. Reconoce que no existe una fórmula única y que las capacidades de administración y gestión varían según las circunstancias nacionales. Asimismo, ayuda a los gobiernos durante la elaboración y la aplicación de sus programas de acción nacionales. Por ejemplo, el Organismo Nacional del Océano y la Atmósfera (NOAA) ha ayudado a 12 países del Gran Caribe a elaborar programas de acción nacionales trabajando en conjunto con la Oficina de Coordinación del Programa de Acción Mundial y haciendo las veces de mecanismo de intercambio de información sobre fuentes terrestres de contaminación.

El Programa de Acción Mundial también puede adaptarse a tendencias políticas y “temas candentes”. Hace poco, los participantes del PNUMA plantearon el tema de la carga de nutrientes, que, si bien no es un problema nuevo, adquirió notoriedad pública últimamente. El enriquecimiento de nutrientes —en el medio costero preocupa el nitrógeno— es un tema particularmente pertinente para analizar

a través de la estructura del Programa de Acción Mundial. Suele traspasar los límites geopolíticos y las disciplinas científicas, y afecta distintas áreas de distintas maneras, lo que subraya la necesidad de intercambiar información y maximizar la flexibilidad.

En última instancia, como sugiere su nombre, el Programa de Acción Mundial fue diseñado para alentar la adopción de medidas. En respuesta a la creciente preocupación pública por la carga de nitrógeno, la Oficina de Coordinación del Programa de Acción Mundial del PNUMA celebró hace poco una reunión oficiosa sobre el nitrógeno reactivo en el medio ambiente en la que los participantes acordaron formar una alianza mundial sobre la gestión de los nutrientes que prestará apoyo a una serie de actividades conjuntas para hacer frente a los efectos del exceso de nitrógeno en los ecosistemas costeros y marinos. Esta respuesta, impulsada por el Programa de Acción Mundial, garantizará que se lleve a la práctica la Declaración de Beijing de 2006, en la que los gobiernos participantes resolvieron “dedicar mayores esfuerzos, financiación y apoyo a abordar fuentes de nutrientes localizadas y de otro tipo ... como fuentes de categorías principales y cada vez mayores que afectan directamente a la salud y al bienestar humanos y al medio ambiente”.

Cuando se examinan problemas ambientales tales como las fuentes terrestres de la contaminación marina, resulta evidente que nuestro mundo está cada vez más interconectado. Dado que los ríos y océanos traspasan fronteras políticas, su ordenación debe ser integrada y flexible. Cuando se emplea a nivel local, regional y mundial —y se refiere a cursos de cabecera, costas o mares—, el Programa de Acción Mundial puede proporcionar a nuestros líderes la información necesaria para promover la seguridad de nuestros ciudadanos, el crecimiento de nuestras economías y la ordenación efectiva de los valiosísimos recursos de nuestro planeta. 